MÁS GUAPO QUE LA MADRE QUE LO TRAJÓ AL MUNDO

PROLOGO
Ser más guapo que la madre que lo trajo al mundo tiene sus inconvenientes.

CAPITULO PRIMERO Y ULTIMO
Era tan guapo que ni siquiera podía ligar. Andaba por la vida solo, despreciado y lleno de complejos. Su mujer le abandonó incapaz de resistir tanta belleza. Su amante le abandonó incapaz de resistir aquellos ataques de celos. Sin embargo, él era absolutamente fiel a su amante, a su mujer y a la madre que le trajo al mundo. Por su parte, los amigos, cuando iban acompañados de sus mujeres, volvían la cabeza con miedo y fingían no verle. Pero a él no le gustaban las mujeres de sus amigos. Al principio, su amigo hombre se quejaba de tan injusto comportamiento. Siempre le respondían lo mismo: «Eres más guapo que la madre que se parió». Y de esta manera creían consolar al guapísimo. Pero, la tristeza estaba detrás, el alma y la próstata de nuestro protagonista. Un día, decidió llamar a la puerta y echarse al río proceso del ligue y sus derivados. Irrumpió en fiestas y mercados, a los palacios subió y a las cabañas bajó, pero en ninguna parte dejó memoria digna de él. Cuando le vieron llegar con su cabeza magnífica, sus empapados bucles, su mirada gris, su sonrisa sensual y su trastero resplandeciente, las mujeres que quería seducir le sintieron tan irresistiblemente guapo que le volvieron la espalda con desprecio y murmuraron: «Se lo tiene muy creído el imbécil». Los hombres disimularon su envidia, su rencor, sus celos tras un despectivo: «Todo lo que tiene de guapo lo tiene de gilipollas». Así fueron murien- do los intentos del guapo para romper su soledad. Un día se enamoró de una fea y la familia le esperó en la oscuridad de un descampado y le castigaron: «¿Qué te has creído, bibelot…? —decían— ¡Al calor de nuestra hija, te, con esa cara de virgen de Molirol! ¡Vete a reírte de tu señora madre!». Triste y roto, sin óvulos ni para morirse de hambre, se fue a pedir trabajo: «¿Eres usted demasiado guapo, joven? Busqué trabajo de playa», «Sí, yo tuve su pinta aquí iba a estar yo, de ocho a diecisiete. La belleza le cerraba todas las puertas. Y así, viejo y desesperado, sólo como la madre que le trajo al mundo, el guapo que jamás pudo ligar por guapo se pegó un tiro. Encotraron en sus bolsillos un papel que decía: «A pesar de todo es mejor ser guapo, qué chéces».

TOLA

LA BARBA CIUDADANA
Detrás de cada barba (y, resulta imposible demostrarlo, no contrario) se oculta un universo extraño. Muñeca a la barba bien poblada; no, no a las perillas de perfil ni a las patillas prolongadas, como tampoco a los mostachos estilo hulán. Conviene omitir también un par de dignas y sufridas barbas, que son la de laquero y la de revolucionario, siempre que éstos se cuenten respectiva- mente en el bosque o en la selva. Lue- go viene la barba ciudadana, la que tapa todo lo habido y por haber. Basta que usted aféite a fondo a barba de éstas, la llamada barba cívica, para que bajo ella aparezcan los complejos sexuales más alucinantes que haya examinado en toda su vida. Y si no son complejos de pito y fañal, pues aparecen cobardías en estado de letargo o timideces en está- do de descomposición. El barbado de ciudad, por tanto, suele ser un pel entregado a las manos del destino, quemó lo maltrata y obliga a ocultar sus ver- güenzas tras el tupido velo. En misión de HERMANO LOBO en este artículo de- nunciar la barbeza larvada, la misoginia criminal y los placeres del solitario que hay tras cada tolón de éstos. Pero, a lo que ibamos. Aféite usted al barbado ciudada- ño y verá lo que saldrá. Desde una rata pelada hasta una gallina clauca. Coasa malo esto de las barbas que ahora tanto se estila para realizar personali- dades que escondidas están por algo. Por eso, si tropieza usted con el bar- bado, si éste no es lafeador o revolucionario (y como éstos están como dijimos con las ardillas o muertos de hambre en las junglas ó en las cárceles), pues án- dese con cuidado. Estimo que tras la barba se halla el tiro.

LA BERNARDA